

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS

OBRA COMPLETA
EN PROSA
(VOLUMEN I)

EDICIÓN AL CUIDADO DE
SERGIO SUÁREZ BLANCO



BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CONTEMPORÁNEOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

VALENCIA, 2026

PRÓLOGO

por Enrique Andrés Ruiz

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS,
EN SU PROSA Y SU ESPEJO

UNA vez, Gracia Muñoz Bayo, la hija menor de Marilú y José Antonio Muñoz Rojas, me dijo: «Mi padre no es como lo veis vosotros». Eso me recordó que, Teresa, sobrina de Rafael Alberti, algún tiempo atrás, me había dicho: «No creas que mi tío es así, como lo ves tú ahora». Quizá ocurra lo mismo con todos los escritores, poetas, sobre todo. Aunque puede ser mejor decir que ocurría, hace tiempo.

La literatura era un mundo aparte, separado de la actualidad social, todavía no colonizado por ella, un mundo al que regresar para encontrarlo intacto y en el que reencontrarse consigo mismo. Allí estaba la vida de verdad, la que transmiten las obras, y luego estaba la otra, mortal y práctica, con reuniones y niños y facturas de la luz.

Los escritores, ¿dónde estaban? ¿En las nubes, en las musarañas? Ahora nos sentimos justicieros. El tribunal de la realidad juzga de la inconsecuencia de la literatura y de la irresponsabilidad de los sueños; un jurado popular sería severo, seguramente. La absolución no sería fácil. Pero hay casos en los que merece la pena intentarlo.

Estábamos en Salamanca, José Antonio iba a recibir en la universidad de Unamuno el premio Reina Sofía de poesía iberoamericana; yo había viajado con ellos desde Madrid.

—¡Marilú, Marilú...! ¡Mira eso, no te lo pierdas!

Era el mes de mayo, un viento suave hacía que las mieses ondearan hasta el confín de la vista como banderas desplegadas por inmensos ejércitos. Todo era verde, al tornasol.

Quería celebrarlo, beber whisky en la plaza Mayor, que el aire le rozara la cara. El gusto por las cosas buenas. En su

mirada –unos ojos pequeños que centelleaban como el sol entre las hojas temblorosas de los árboles– y en su sonrisa apenas esbozada, se manifestaba lo que tenía de pillo (no llegaba a pícaro), de travieso, también de inquieto e impaciente. Cuando se replegaba en su soledad, y aun rodeado de otros, los párpados casi se cerraban, el semblante caía y el pillastre desaparecía por completo, ocupado su lugar por otro individuo hondo, melancólico. Sus rasgos, para entonces, eran los de alguien entregado, aunque aquella entrega tenía todo el aspecto del colofón a un combate que había durado toda la vida, y ahora se parecía a una victoria. Quizá hubiera habido antes rebelión, fastidio, la insurgencia ante lo que nos duele, muchas muertes y desgracias incluidas en primer lugar; pero, ahora, después ya de casi todo, había decidido dar un gigantesco y definitivo *sí* a la vida.

Era mayor cuando lo conocí, o muy mayor, de la mano de Manuel Borrás, en un acto de homenaje a Ramón Gaya. (Cuando alguien le pidió por entonces una relación de libros preferidos, junto a *La gravedad y la gracia* o *Fortunata y Jacinta*, Gaya incluyó los *Ensayos anglo-andaluces*, de Muñoz Rojas). Era muy mayor pero todavía montaba a caballo por los ejidos de la Casería del Conde, en Antequera, y lo siguió haciendo hasta que una caída consiguió retirarle. La editorial Pre-Textos había emprendido la publicación de toda su obra, o casi toda, entre reediciones de títulos que el público en general apenas conocía y ediciones de otros escritos que dormían en el cajón, a veces un sueño de décadas. La inquietud o la impaciencia existenciales que lo acompañaron siempre, convivieron en él con una nula prisa por publicar sus cosas, y mucho menos por hacerlo con alharacas. Estaban por medio su modestia –su elegancia–, una idea de la humildad (humillación, más exactamente) que le había hecho citar cien veces a Eliot: «Humility is endless», y

estaba la duda –permanente, cruel– sobre sus papeles y sobre sí mismo: una compañera inseparable de por vida.

El primer libro de su redención editorial fue *Amigos y maestros* (1992), una colecta de homenajes a clásicos, modernos y contemporáneos que, sin distinción de las épocas, consideró igualmente amigos. «La gran dádiva de mi vida», escribió, como quien los presenta a otros, en una reunión. Sin ir más lejos, entre ellos estaba su paisano Pedro Espinosa, a quien en los *Ensayos anglo-andaluces* (1996) llamará luego «amigo personal» y lo antepondrá a Góngora por unas razones exclusivamente personales, sus únicas razones para todo: la tierra y el paisaje compartidos, los ríos Guadalhorce y Genil, que son los de ambos. En gran medida, *Amigos y maestros* es un libro de memorias, en el que los retratos y los nombres ajenos van tejiendo la biografía propia: los guías primeros (Machado, Unamuno...), las compañías de juventud (los sevillanos de *Mediodía*, los malagueños de *Litoral*, el 27); los de todo tiempo –especialmente entrañable su gratitud a Bergamín y a *Cruz y Raya*–, Juan Lladó, a cuyo Banco Urquijo y su fundación cultural llegó en 1952 de las manos de su hermano Ignacio y Pedro Gamero del Castillo... Y todos afluyen al cauce común de una existencia que se estremece al recordarlos. Aunque no hay nada, a fin de cuentas, en la obra de Muñoz Rojas que no lo sea, que no sea memoria estremecida —también la prosa, en sus manos, es «cosa cordial»–.

En la última evocación del libro —«A un joven poeta muerto»— y junto a la pena por la desaparición, creo que de un sobrino, a los veinte años, comparece un rasgo muy suyo: la aflicción ante lo que no llega a cumplirse, lo frustrado, lo que muere en agraz. En otro escrito —«Mis ignorancias picassianas»— de los *Ensayos anglo-andaluces*, la vida trunca (por el suicidio) de un pintor sin recuerdo, José María Fernández, antequerano y nacido en la misma fecha

que Picasso (25 de octubre de 1881), es presentada en «el esfuerzo perdido y la ilusión apagada», al contraluz del monstruo y su resonancia colosal, su brillo en la historia y su completa falta de compasión.

Pero, ¿cómo era, en la realidad? ¿Cómo es un escritor, una vez partido el espejo literario sobre el que ha volcado la imagen de su deseo, esa imagen, hoy diríamos aspiracional, con la que nos ha seducido?

En el caso de José Antonio Muñoz Rojas, quien quiera saberlo debe ir a su prosa: ese es su espejo partido. Y principalmente a sus escritos, por decirlo así, de menor voluntad estilística o estética o poética, a pesar de que, por arte de una magia muy particular, en todos ellos, los artísticos y los que no –y más patentemente en estos últimos–, se trasluce la autenticidad de un escritor a quien movía una necesidad que nada tenía que ver con la de un profesional de la literatura.

–Nunca he sido un escritor profesional...

La suprema delicadeza de muchas páginas suyas apela a nuestro tacto, a nuestro paladar, no sólo a la vista, que es el sentido más inmediatamente comprometido por las descripciones. Pero detenernos en esa experiencia nos podría hacer pensar que estamos únicamente ante un escritor *fino* (hay muchos ejemplos, a veces notables, en Andalucía). O ante alguien rico –yo he oído eso en ocasiones, como si hubiera en ello algo determinante– que, a falta de necesidades *prácticas*, distrae ocasionalmente los ratos de ocio con una literatura más o menos recreativa.

–¡Cuánto he podido escribir...! No te haces idea...

Hay que ir a la punzada hiriente de la que nace todo. Había escrito espoleado, precisamente, por una necesidad imperiosa –el «arreón», lo llamaba a veces–, que no tenía que ver, es cierto, con la vida práctica sino con la otra; una

exigencia íntima de dar salida a la abundancia del corazón o al apremio de un examen de conciencia. (Lo que Vivian Gornick ha llamado «literatura personal», se le ajusta bastante). Y la prosa es la vertiente de su obra en la que queda esclarecida, explícitamente, la relación de fondo entre la persona y su vocación literaria.

Su madre murió cuando José Antonio tenía uno o dos años. Cuando era adolescente, murió su padre. Su abuela fue quien le dio, como a sus hermanos, anclaje y amparo; la casa por antonomasia, la casa a la que vuelven sus páginas una y otra vez, es la suya. Ardió en 1936. La abuela murió en 1939: «Le debo la mejor ternura que he tenido en el mundo», dice en *La gran musaraña* (1994).

Aunque sea lo que más se parece a unas memorias *comme il faut*, en este libro se trata de nuevo, y únicamente, de la vida *verdadera*, es decir, la perdida, la que terminó en 1939. Lo que pueda haber de ahí en adelante, viene a decirnos, es otra cosa –es la realidad–.

Aquel mundo acotado entre bardas concretas, casas concretas, veranos, olores y cultivos, será el mundo entre cuyos sueños y sombras se debatirá durante toda su obra, implorando su rescate. Estaba la casa de las dos torres; estaba, enfrente, la otra casa, trajinera y labradora; estaban los zurradores, el traqueteo de los carros, el paso de los entierros; estaba la Alhajueta, su umbral, sus ganados... Todo ha desaparecido en una estampida. Pero es el único asiento fijo que, en medio del ajetreo incesante del mundo, y a pesar de su inmaterialidad, sigue pareciendo eterno, y el escritor obedece a su llamada: «la absoluta necesidad de hallar un lugar permanente de retorno».

–Mi *Gatopardo*... –decía.

Conocíamos su nombre por la poesía, y aun esto, mal. Una poesía que había quedado absorbida por la historia literaria

patria como la poca lluvia sobre un terreno reseco. El nombre de un autor discreto, con una obra discreta, junto a la de otros, igualmente de época. Hasta la publicación, en la segunda mitad de los noventa, de sus nuevos y últimos versos asombrosamente leves, hablados y vivos, esto no cambió mucho. También ignorábamos hasta qué punto, a partir de un cierto momento (temprano, en realidad), es como si la poesía hubiera sido asaltada por la presión existencial de la memoria. El verso sintió cada vez más agudamente la emergencia de la narración. El pasado de las pérdidas presionaba con historias, escenas, voces. A diferencia de la soledad deshabitada –aunque muy populosa– del tiempo real, el ensimismamiento en la vieja soledad estaba lleno de presencias que pedían aflorar en historias: «Una masa de vida», escribirá mucho tiempo después, «que constituye el mundo de la novela»

–Para escribir hace falta, sobre todo, soledad.

Durante muchas épocas de su vida había querido escribir –escribir por encima de todo–, pero había sentido la dolorosa sensación de quedarse mudo.

–Yo nunca tengo nada que decir –estábamos en la librería Rafael Alberti, de Madrid, en la presentación de uno de sus últimos libros, y alguien quiso que interviniera. Otro alguien recordó entonces a Levinas y su idea del *decir*, siempre anterior y más importante que *lo dicho*.

Había que esperar a que el decir rebosara por sí mismo del corazón y llegara a la boca, a las manos. La paciencia es una puerta estrecha, pero por ella llega todo eso que se nos entrega gratuitamente. El vacío que somos rebosa de voces y sombras que nos reconocen, en las que nos reconocemos. De ahí la repetición en sus libros de unos mismos nombres, con sus ecos, sus estelas y sus auras: «muchas veces la vida es mera reiteración, tal es mi caso», escribió.

A veces, trasteando con papelotes en la Casería, las historias saltan solas. Así nacieron las de los Arrese –don Pedro

de Arrese Azpillaga y Girón, el «Hombre el agua»– y los Rojas de *Historias de familia*, las primeras prosas que decidió publicar (1945; nueva edición, 2000). Y así nació *El comendador*, la historia de Ruy Díaz y los Narváez, con el emperador en Trípoli, en Argel, en Fuenterrabía... Viajaron por las épocas y por las manos hasta llegar a una tarde de paz con el balcón abierto al campo, y se plantaron ante el escritor que no sabe nunca qué decir y sin embargo está acuciado por la pasión incontenible de las palabras. «Tía Rosario está en las cartas, está la vida en el pueblo, el tiempo que hace, las visitas que vienen o a dónde vamos de visita, está tu hermano Javier y lo que se tardó de Écija hasta Antequera...».

Pero, a pesar del nombre del poeta en los libros de historia, lo que nos había hecho *descubrir* a Muñoz Rojas fue esa maravilla de poesía en prosa que es *Las cosas del campo* (rescatado en 1999), el único libro del que se puede decir que –dentro de la gravedad– había circulado un poco (gracias a Elena Quiroga y la edición de Destino, en 1976, junto a *Las musarañas* y *Las sombras*). De todas formas, el asunto de la poesía en prosa siempre es resbaladizo; «prosa de poeta» es, como calificación, algo temible. En un ensayo sobre Muñoz Rojas, Fernando Ortiz recordó el famoso escrito de Gil de Biedma sobre «la expresión poética en prosa» de Cernuda, y su prevención ante la «pandemia» que había desencadenado.

Las cosas del campo es, no descubro nada, un libro sin igual, una muestra insuperable de sensibilidad contemplativa ante la activa naturaleza labradora que, según Juan de Mairena, había desaparecido de la literatura española con Lope de Vega. Imposible olvidar las herrizas, la flor de las gayombas, las coscojas, o las figuras de Miguelillo el Pavero, o de Juanillo el Loco, «capitán general de ejércitos de olivos, a quienes habla como soldados cuando sopla el solano y lo

trastorna». Lo escribió en la Casería del Conde, la finca que, con Marilú, había tomado por vivienda tras la boda en 1944. Lo escribió, dijo, para rellenar las páginas en blanco de un libro del siglo XVIII, sólo para eso. Ya sabemos que está la coquetería, pero en esencia es verdad. Por esas estampas suenan todavía ecos de la primera juventud entre vanguardistas, tonos casi de greguería –«la matalahúga la siembra la luna»–, pero lo que produce el pasmo es ese tono de hacer sin querer, hacer como al desgaire..., que sin embargo es verídico.

Era a la vez infinitamente sensual y genuinamente doliente. (No en balde, lo auténtico o lo genuino, vinculados a la filosofía existencial y a los escrúpulos interiores, estaban al alza, como valores literarios, justo en la época central de su escritura).

Aunque el libro pertenece a una estirpe que le antecede –*Platero...*, *Ocnos*, etc.–, con decir eso, y a pesar de la comodidad, no decimos nada; el hondón del que nace ese golpe de agua cristalina no se encuentra en una cuestión de géneros literarios. Cuando fue escrito, el campo que describe aún estaba vivo. Su desaparición, a la vuelta de los años cincuenta y sobre todo sesenta, coincide con la de un mundo entero, del que parece una metáfora. La literatura de Muñoz Rojas se asemeja al eje inmóvil a cuyo alrededor todo desaparece. El orbe desvanecido incluía, de hecho, la pequeña sociedad literaria, una provincia aparte en la que todos se conocían, más o menos indiferentes a los grandes números, a los índices de lectura, a las mayorías. No existía la absurda presión social de leer –de leer cualquier cosa–. Todo fue barrido por un vendaval, al que hay que agradecerle, desde luego, que las universidades se abrieran a todos y que los modernos autores internacionales se hicieran populares en los quioscos. Pero algún vínculo orgánico entre el autor y su mundo, y entre ellos y el lector, se perdió para siempre.

Dentro del mismo ciclo de prosas líricas, *Las musarañas* (rescatado en 2002) es más sombrío. Ahora es el niño, como en *Las sombras*, el niño en la casa, quien presta su mirada al escritor que acusa la lejanía del recuerdo. En *Historias de familia* ya aparecía, casi literalmente, esta imagen que vuelve ahora: «Y uno andaba vacío, de acá para allá, sin tener donde asirse, vanamente, esperando con vaguedad la llegada de algo sobre la tarde, tan ancha, tan serena e impenetrable».

En la calle Espalter había un alto ventanal que daba al Jardín Botánico. Había un salón con una vieja y gruesa puerta labrada, hermosísima, procedente de un convento derruido; un retrato de mujer, en pálidos tonos azulados, de Vázquez Díaz. A su regreso de la Casería, José Antonio traía a veces una fuente de huevos con berenjenas, un auténtico manjar. Era muy generoso. Entre sus regalos, guardo un pequeño folleto, *Verso y prosa de Gredos* (1963), publicado por los asistentes a las *Conversaciones de Gredos*, unas reuniones católicas en las que algunos intelectuales, todos más o menos situados y bienestantes, quisieron poner el reloj al día. Mi ejemplar tiene en la cubierta un dibujo a bolígrafo azul, ingrávigo, de Eduardo Vicente: el barandal de hierro, las vigas del corredor, las montañas, mansas, a lo lejos. Junto a un poema de Luis Felipe Vivanco, aquí está la «Carta al padre Alfonso Querejazu sobre la perfección cristiana» (rescatada en *Rescoldos*, Point de lunettes, 2005). Y en ella la angustia ante lo que, inexplicablemente, desaparece, a pesar de la promesa que parecía hacernos su increíble hermosura. ¿Por qué?

«Todo tiene su perfección», dice, «pero en su momento y pasa. Y ese pasar le roba algo que nosotros sentimos que la menoscaba. Le roba nada menos que la permanencia». ¿Por qué? Su estancia estudiantil en Cambridge había de concluir en una tesis titulada «Relación de los poetas metafísicos

ingleses con las letras españolas», que, como tantas cosas, quedó inacabada. Pero Hopkins –en quien se apoya para la *Carta* a Querejazu– y Thompson (al que tradujo para *Cruz y Raya*), y Crashaw, y luego Eliot, fueron voces inglesas que siempre le acompañaron. Y John Donne. Hopkins le llevó a pensar en la renuncia –«la renuncia en Cristo»– de los sentidos, como única salida a la angustia. Son palabras mayores. Para alguien de sensualidad a flor de piel, cultivada, además, en la delectación ante el sabor y la belleza, debía resultar muy difícil. En 1968, en el Monte Athos, esta anotación: «Pero, Dios mío, ¿cómo estos monjes se han pasado siglos de espaldas a esta naturaleza que estalla?».

En *La gran musaraña*, y si teníamos dudas, había declarado expresamente las dos fuentes de toda su escritura: «Creo que este tirón del campo labrador, no sólo de la naturaleza-paisaje, ha sido con el religioso un fuerte conformador de mi vida». Pero *Dejado ir (Estancias y viajes)* (1995), un diario personal con anotaciones de 1965 a 1984, es, a mi juicio, el libro clave. El segundo de esos *ouadis*, como él los llama –«hilo de agua oculta que no cesa, diminuta e incapaz de frutos mayores»– se hace aquí manifiesto con el lenguaje (tan familiar a su amigo Dámaso Alonso) de las oscuridades y laceraciones del alma en los antiguos diálogos consigo misma: «Tú, tu propia podredumbre, estiércol del campo para los insectos de la muerte y el desprecio».

El atañor de una pasión literaria, la revelación del código secreto, todo eso está en el diario.

La verdad, en la literatura, tenía entonces algo que decir; no la verdad de las cosas, no la veracidad (ni la verosimilitud, aún menos), ni la *adaequatio* con el mundo socialmente compartido, sino la verdad del escritor, la de su alma puesta en juego. Con demasiada frecuencia, los diarios contemporáneos son obras fabricadas de partida con perspectiva editorial y acusan un afán exhibitorio (de la inteligencia,

el ingenio, el buen gusto o la cultura del autor), algo completamente ajeno a ese libro de sincera conmiseración, que sólo pudo estar dirigido al mismo destinatario de una oración solitaria.

De Suecia a Japón, de Canadá a Sudáfrica, *Dejado ir* es el testimonio –*testimonio*: otra palabra de un tiempo literario en la que estaba en juego la interioridad– de alguien zaran-deado de aquí para allá, apartado de *su sitio*. En ese otro mundo al que vuelve ansioso tras cada viaje, todo y todos tenían un sitio propio, que nunca abandonaban. Todo es distinto ahora: «Temblando de tener que volver a la irrealidad de Madrid [...], a cosas que no se tocan, a palabras que no se sienten, a empresas de las que anda uno lejos...». Para quienes compartían con el escritor los días en la vida real, esa partición de tiempos y lugares pudo ser una fuente de desconsuelo. Esa lejanía. Tampoco le era fácil a quien habita la casa y los campos de la memoria y el sueño volver desde tan lejos. «Me es difícil escribir sobre lo concreto, los hombres a quienes trato, los hechos con los que he de manejar-me, hablar de mis hijos mayores y dispersos, de mis amigos ausentes, de las gentes con las que trabajo...», dejará anotado en ese diario.

En sus últimos años, más que resignación o desistimiento, había calma y un humor afable y hospitalario. Las indecisiones literarias, la pasión, el conjuro capaz de la magia, todo había pasado. Pero aquí no acababa la historia. Hacia el punto final, el castigo que el *Heautontimorumenos* se infligía a sí mismo, también quedaría atrás. Hay hombres en quienes la paz es el corolario a una vida y su zozobra, y ante esa absolución todo el relumbre de la literatura parece una miseria.

NOTA A ESTA EDICIÓN

LAS COSAS DE JOSÉ ANTONIO

HAN pasado ya diecisiete años de la publicación de la *Obra completa en verso* de José Antonio Muñoz Rojas (y dieciséis de la muerte del propio poeta, en septiembre de 2009). Tal vez convendría decir, junto con María Victoria Atencia, refiriéndose ella a la recopilación de la poesía de Muñoz Rojas que publicó el Ayuntamiento de Málaga en 1989, que «aún cabría esperar un segundo volumen, el de su prosa, que yo –como Fernando [Ortiz]– nunca he sabido diferenciar de su poesía».

He aquí pues, aunque con quizás excesiva tardanza, este segundo volumen, que vendrá acompañado de un tercero y hasta quién sabe si de un cuarto, puesto que la prosa de Muñoz Rojas no cabría en un solo tomo que pretendiera ser manejable y legible antes que un centón enciclopédico.

No ha sido ni sencilla ni obvia la decisión de qué libros agavillar para este volumen y por tanto cuáles dejar para los subsiguientes. Se imponían en principio razones de orden cronológico que invitaban a juntar los primeros libros en prosa que fue publicando desde mediados de los años cuarenta: *Historias de familia* (1945), *Las cosas del campo* (1951), *Las musarañas* (1957); y junto con ellos *Las sombras*, que no apareció sino hasta la reedición de los dos últimos en 1976.

Una cierta prudencia, atendida a la siempre conservadora cronología, tal vez debiera habernos hecho parar en dicha frontera. Pero, orillando otros libros misceláneos con vistas al segundo tomo –me estoy refiriendo, claro, entre otros, a *Antequera, norte de mi pluma* (1977), *Cuentos surrealistas* (1979) y *Amigos y maestros* (1992)–, hemos optado por incorporar *La gran musaraña* (1994) por razones varias: su

carácter unitario; su pertenencia, como los restantes libros, al mundo de Antequera, sus tierras y sus gentes, que no es otro que el mundo de su infancia y juventud; y la creencia de que la escritura del mismo, más allá de la tardía fecha de publicación, es probable que no anduviera muy lejos de los años de los otros libros aquí reunidos. Con todo, quedará la duda de qué hubiera pensado el propio José Antonio acerca de este asunto y qué sonrisa hubiera puesto.

En propiedad y no siendo esta una edición erudita, la nota debería llegar aquí a su punto final pero, sin ánimo ninguno de fatigar al lector, tal vez no esté de más dar una breve noticia de cada uno de los libros y sus circunstancias, a modo de historial.

HISTORIAS DE FAMILIA

Publicado por Revista de Occidente en mayo de 1945, el tomito apareció con unas ilustraciones del pintor Eduardo Vicente, tanto en la cubierta como al inicio de cada una de sus secciones. Precisamente estas están dedicadas a tres amigos, cómplices y confidentes que mucho tuvieron que ver con que la obra de Muñoz Rojas viera la luz: Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y José Luis Cano.

Por fortuna están editadas las cartas de Aleixandre a Muñoz Rojas, constante y ferviente mentor de vida y obra, y son una fuente privilegiada de noticias detalladas y certeras apreciaciones sobre varios de sus libros.

En septiembre de 1941 Aleixandre ya comenta el primer manuscrito de *Historias de familia* deteniéndose en los textos que más valora. «Como el libro está hecho en cinco o seis años, o poco menos, hay en él una visible historia de tu ascensión en el oficio. La misma prosa ha ido acendrándose y asegurándose». En efecto, algunos de los textos se remontaban a fechas previas a la guerra civil, como «Hombre al agua» (*Cruz y Raya*, noviembre de 1934) o «La Heloisada»

(*Revista de Occidente*, enero de 1935), constatando así la lenta pero tenaz escritura de los textos del libro en años difíciles. A tenor de las últimas historias escritas le asegura que «hay una madurez, una seguridad o un dominio, un “saber hacer”, superiores a los del resto», afirmando que «has alcanzado la maestría de la mano (prosa y oficio de cuentista o como quieras llamarle)». Sabedor por otro lado del reparo que siempre tuvo Muñoz Rojas para publicar sus cosas, le termina confesando: «estoy contento de ver que al final te decidiste y los libros se despegan y arrancan hacia la luz».

Con todo, aún tendrían que pasar cuatro años para que su primer libro en prosa viera definitivamente la luz. Incluso a comienzos de 1945 Aleixandre se ve en la necesidad de escribirle: «me entero del disparate que quieres hacer con tu libro suprimiendo “Las Villena”. Es un dolor y quitarías a tu obra acaso la más significativa de sus historias. La que más caracteriza, con más altura, su nota de ironía tiernísima que le distingue. No tienes derecho». Tras ponderar las virtudes del texto e intentar despejar las dudas de su autor, lo conmina a que tome una decisión: «el cuento estaba ya compuesto en la imprenta. Todo está detenido en espera de tu resolución». «Adiós, adiós, hombre *crudelísimo*», se despide, con cariñosa y coqueta amonestación. Para descanso de Aleixandre, finalmente «Las Villena» se salvaron.

En julio de 1945, en su proverbial descanso estival en Miraflores, Aleixandre hace una redonda salutación y consagración del libro ya publicado (y que él bien conocía): «el libro resulta precioso: de formato, de cubierta, de dibujos, de adecuadísimo cuerpo para el espíritu que la habita [...]. Es un libro completamente diferente de lo que se hace en prosa, con una personalidad acusada y vigorosa en su delicadeza. Sólo tú, tan andaluz de tu tierra, con tanta mezcla de la antigüedad de ella y tanta cultura congénita y que te atraviesa, podías, porque eres un hombre pasado al mismo

tiempo por toda la flor del espíritu, escribir este raro libro, que por un lado absorbe de lo popular y por otro está decantado por un alma sabia. Hay en él tal cantidad de amor, de verdadera generosidad comprensiva de lo humano, que resulta enternecedor. Para mí esta es la nota característica y sobresaliente, lo que me llega al alma». Y concluye: «es una alegría verlo hecho y presente, este libro tan puro y tan humano, tan de veras conmovedor, que le agita a uno lo mejor de su ser. En cierto modo te retrata, José Antonio, y leyéndolo se te conoce bien, pero bien, bien».

También a Melchor Fernández Almagro –tan cercano, tan amigo–, en su puntual reseña en el *ABC* un 25 de noviembre de 1945, lo conmovió la lectura del libro al que tilda de delicioso y exquisito: «poética es la prosa de las *Historias de familia*, pero como los asuntos de las distintas narraciones que componen el volumen proceden de la vida real y aun de la experiencia con que cualquier hombre sensible pudiera subrogarse, la expresión está conseguida con toques de una profunda verdad en el matiz, en la observación, en el análisis». En estas prosas encuentra asimismo «muy gratas resonancias de clásicos españoles, del ensayismo y la poesía ingleses, de un dramático lirismo a lo Rilke. Pero el ámbito que nos devuelve esos ecos es de inequívoca y personal construcción, abierta a un claro sol de Mediodía».

Cincuenta y cinco años después, reeditamos en Pre-Textos las *Historias* y esto dio pie, como veremos en otros títulos, a que Muñoz Rojas introdujera algunos cambios. Así, en la primera parte se incorporaron «El vivillo en Las Chapas» y «La boda de Jacqueline», mientras en la segunda apareció «El cerro»; y en cambio en la tercera desapareció «Domingo del Peregil» (tan del gusto de Alexandre, por otro lado) para dejar sitio a «La casulla». En esta edición rescatamos en apéndice ese «Domingo del Peregil» para que las *Historias de familia* vuelvan a estar completas.

LAS COSAS DEL CAMPO

En junio de 1963, en un número de *Revista de Occidente*, Aleixandre daba un adelanto de una nueva serie de retratos que ya había publicado anteriormente en 1958 bajo el título de *Los encuentros*. En ese número y junto a una semblanza de Rubén Darío, había un nuevo retrato de Muñoz Rojas, «entre corte y cortijo». Allí evocaba una tarde en la casa familiar del poeta antequerano por entonces en la calle Velázquez: «estoy oyéndole leer unas páginas andaluzas. ¡Lo que son las cosas del campo! “Las cosas del campo”. Miguelillo el cortijero cazaba zorzales; pero ya no los había. Antonio el marismeño buscaba las colmenas alzadas; pero ya no se alzaba ninguna colmena. El viento solano era un castigo: un viento derribador, arrasador. Pronto estarán aquí los primeros fríos. Sonaba la voz del lector con cariño y distancia, con ciencia de amor perdido; con infinita proximidad para el que la escuchase. La tarde había ido cayendo, cayendo cada vez más. Ya apenas se veía, se oía. De pronto, la oscuridad».

Aunque no esté datada esta estampa, sí sabemos que Aleixandre seguía siendo el gran confidente y lector (quizás junto a Dámaso Alonso) de los textos que iba escribiendo Muñoz Rojas. Así que no es extraño que a la altura de abril de 1946 Aleixandre le haga mención en una carta a ese «lento libro sobre el campo».

Precisamente en ese año de 1946, en la Casería del Conde, Antequera (donde por esa época vivía el poeta a caballo con la cercana Málaga), está fechado el prólogo a *Las cosas del campo*, editado primorosamente y en una edición de doscientos ejemplares, bajo el cuidado de Bernabé Fernández Canivell, en diciembre de 1951 por la malagueña El Arroyo de los Ángeles, con ilustraciones de la pintora Martita Wiessing Oropesa («una joven medio holandesa y boliviana [...] que además dibujaba primorosamente cuanto se le venía a la vista»).

Al poco de la publicación del libro, en enero de 1952, y con Muñoz Rojas instalado ya en Madrid, no se hizo esperar la carta de Aleixandre, dando no sólo acuse de recibo sino confesándole bien a las claras que «he gozado con él como hacía tiempo no gozaba con un libro de poesía». Y desde ahí toda una retahíla de elogios hondos, escritos desde el corazón: «es, con mucho, el más bello libro de poesía (¡y está en prosa!) que tú has escrito»; «el más tierno, el más fresco, el más verdadero libro de poemas en prosa que yo he leído hace muchos años»; «lo creo [...] un libro importante. Por su prosa original tan aparentemente sencilla, tan difícil. ¡Cuántas cosas han tenido que reunirse para que este libro saliera! Sólo por este libro ha sido ya un bien que hayas vivido tanto años mezclado y vivido con la tierra letrada y las gentes de ella»; «¡y cómo se te ve a ti, José Antonio! El hombre existido, grave, humano en lo mejor»; «estoy contento. Es tu mejor obra, y es una obra importante en la prosa artística de nuestro siglo (lo digo como lo pienso)».

Habría que imaginar, por mucho que conociera el inagotable aprecio de Aleixandre por él y por su obra, la honda y exultante emoción con que debió de leer Muñoz Rojas esta misiva.

Por si no fuera suficiente este espaldarazo privado («todos tus temores, aprensiones, tienes que desecharlos»), unos meses después, en abril de 1952, y en forma también epistolar, pero en este caso pública, y de otro gran amigo como Dámaso Alonso, vino el refrendo definitivo. En la primera página del número 76 de la revista *Ínsula* apareció las tantas veces citada, y tan merecidamente, «Carta a José A. Muñoz Rojas (Sobre la mayoría, la minoría y las cosas del campo)».

Aunque el nombre de Muñoz Rojas apareciera en la primera página, con un vistoso tamaño de letra, y su foto en la segunda, no es hasta la décima en la que Dámaso se refiere y encomia *Las cosas del campo*. Antes le comenta dos obras de teatro de Eliot y Calderón, a las que ha asistido recientemente,

y teoriza sobre la función de la minoría en la vida estética contemporánea. Cuando llega al motivo principal de su escrito es contundente desde las primeras líneas: «este libro tuyo yo lo pondría en las manos de todos; haría una edición nacional para que fuera el texto en que aprendieran a leer en las escuelas; se lo daría a los tristes habitantes de las ciudades, ciegos para toda la hermosura de la naturaleza; lo repartiría por los campos, allí donde las gentes –engañadas de la apariencia mentirosa– anhelan los placeres ciudadanos». Y sigue: «es un libro que, probablemente, nadie sino tú hubiera podido escribir hoy en España. Era necesaria una confluencia de condiciones que sólo en ti se dan: herencia, cultura, conocimiento de lo distinto (viajes), y mucha vida diaria, y amor en ella y para ella».

Le pondera también la prosa con la que está escrito, una prosa «verdaderamente clásica»: «por lo menos lo que yo creo que debe ser un clásico moderno: vitalidad serena; por vital, de hoy; por serena, de siempre». Y a renglón seguido la frase siempre citada: «has escrito, sencillamente, el libro de prosa más bello y más emocionado que yo he leído desde que soy hombre (es decir, desde que leí *Platero y yo*)».

Deja, con todo, para el final una cariñosa reprimenda. Aunque reconoce la meritoria labor de la colección El Arroyo de los Ángeles y de Fernández Canivell y a sabiendas de que «eres por impulso, por distintas herencias y por educación, un escritor minoritario, porque eres un escritor delicadísimo», se pregunta en voz alta: «¿este libro tuyo va a quedarse en esa edición limitadísima, selectísima, del “Arroyo de los Ángeles?” [...] este libro tiene que volar en muchos miles de ejemplares. [...] Sí, yo quisiera que *Las cosas del campo*, en edición copiosa, llevaran a muchos corazones la serenidad y el consuelo que han traído al mío».

El guante fue recogido al vuelo por José Luis Cano, factótum tanto de la revista *Ínsula* como de sus ediciones, y en

diciembre de 1952 se publica en dichas prensas la segunda edición aumentada, también bellamente cuidada y con las mismas ilustraciones que la primera. En esta edición comienzan los cambios que serán santo y seña de cada una de las siguientes. En este caso desaparece el texto titulado «Las amazonas» y se incorporan ocho nuevos: «Las pájaras», «La flauta», «Las gayombas», «El pensador», «Labranza», «El talador», «Los olmos» y «Las abejas en los tilos».

En la reedición de Destino en 1976 vuelve a incorporarse «Las amazonas» y se une «El velador», además de una «Advertencia en 1975». Y finalmente en la edición de Pre-Textos de 1999 se incorpora «La risa de Dolores» y una muy justa y precisa «Nota justificativa de la presente edición». En esta nota contó con exactitud el propio Muñoz Rojas los avatares de la escritura del libro y de su primera y sucesivas publicaciones; en ella, pues, encontrará el lector de manera inmejorable y de viva voz, por así decir, la intrahistoria de este libro.

En consecuencia, los cuarenta textos iniciales se convirtieron finalmente en cincuenta. Otro cambio más en las cuatro ediciones es el orden de los textos. Aunque algunos de ellos, especialmente los primeros y los últimos, se mantuvieron en la misma posición, muchos de ellos fueron saltando, casi juguetonamente estaría uno tentado de escribir, de una sección a otra, siguiendo la voluntad de Muñoz Rojas en cada relectura que hacía con el transcurrir de los años. De alguna manera, certifica lo que de libro vivo, inconcluso, tuvo siempre *Las cosas del campo*.

LAS MUSARAÑAS

En 1957 Revista de Occidente edita *Las musarañas*. En un texto del propio poeta citado por Cristóbal Cuevas en su documentado prólogo a la reunión de su poesía de 1989 se dice que «*Las musarañas* son las cosas del pueblo y el mundo de mi infancia antequerana, que ha continuado viviendo

en mí a pesar de la lejanía y de que muchos de sus motivos han desaparecido. Creo que en ellas también predomina la carga poética, aunque los elementos narrativos jueguen un papel mayor».

En efecto, el libro fue recibido como una obra de prosa poética en la estela de *Las cosas del campo*, pero acrecentado con la mirada del niño. A falta del testimonio de las impresiones de lectura de Aleixandre o Dámaso, el fiel Melchor Fernández Almagro en su reseña en el *ABC* del 10 de noviembre de 1957 así lo constata: «henos ya adentro del mundo infantil al que José Antonio Muñoz Rojas nos llama: el mundo de su propia infancia, por supuesto, pero también el de otros niños, alejados en el tiempo, pero sumergidos en la conciencia de cada uno: cualquier niño sensible al absurdo, desinteresado y poético halago de las musarañas [...] Se trata de un libro de inequívoca poesía; de poesía en prosa o de prosa poética. En todo caso, la poesía y la infancia son mundos que se tocan en su punto más vivo. El poeta y el niño coinciden en una común sorpresa y asombro, descubrimiento, revelación...».

Esta conjunción de infancia y poesía la subraya también el poeta gaditano Fernando Quiñones en un prólogo inédito al libro, fechado en abril de 1957, que se conserva en el archivo de Muñoz Rojas, depositado en la madrileña y benemérita Residencia de Estudiantes: «pero lo que [en] *Las cosas del campo* eran puras estampas del presente, es aquí, en *Las musarañas*, la evocación de un perdido pasado infantil. Por lo demás, el melancólico encanto, la espontaneidad sabiamente conducida, esa capacidad incisiva y emocional, ese fino y doloroso sentido del tiempo, son idénticos en ambos libros, como idéntico es su admirable resultado, enriquecido con todas las ventajas creadoras y con ninguno de los inconvenientes atribuidos a las “segundas partes”. José Antonio Muñoz Rojas [...] nos acerca ahora de la mano en

estancias a *su* niño, al niño que fue, a ese niño, que sólo por esta fidelidad de recreación, seguramente sigue siendo. Y ahora, al cabo ya de todo lastre inútil, se abre otra vez –¡y por fin! –para vosotros la pura y regida voz del poeta».

Al contrario que su predecesor, este libro apenas sufrió mermas o añadidos salvo una muy puntual referida al texto «Cauche» que se incorporó a la edición de Destino en 1976, junto a una «Advertencia en 1975», para guadianescamente volver a ocultarse en la edición de Pre-Textos en 2002 (y que ahora rescatamos en un apéndice al libro).

LAS SOMBRAS

En febrero de 1976, en un tomito que lleva el número 474 de la celebrada colección Áncora y Delfín de la editorial Destino, apareció la reedición de *Las cosas del campo* y *Las musarañas*, y junto a ellos la primera publicación de *Las sombras*, inédito hasta ese momento.

Como tantas veces reconoció el propio Muñoz Rojas, la intermediación de su amiga la escritora Elena Quiroga fue fundamental para que se publicara esta recopilación en Destino.

En la correspondencia con Josep Vergés, editor de Destino, conservada en el archivo de Muñoz Rojas, hay una primera carta del 17 de marzo de 1975 en la que, tras mencionar a Elena Quiroga, le ofrece rescatar *Las cosas del campo* y *Las musarañas*, «agotados desde hace mucho tiempo», «a los que habría que añadir algún capítulo inédito de ambos y un tercer librito enteramente inédito más breve que título *Las sombras*, y que de algún modo completa los dos anteriores». Esta propuesta fue acogida inmediatamente por el editor. Ya publicado el libro, en la solapa de la cubierta la editorial quiso aclarar que «*Las sombras* es ya una evocación del pasado y el autor revive momentos y personajes, recuerdos que se han convertido en eso, en sombras».

Por fortuna conservamos una casi postrera carta de Vicente Aleixandre, escrita en su retiro de Miraflores un 20 de agosto de 1976, a sus setenta y ocho años, en la que le confiesa que, aquejado de cataratas, «apenas leo, por no cansar el resto de la vista, pero sí me traje y he leído a sorbos tu libro». Después de releer los anteriores ya publicados, sobre *Las sombras* le escribe: «la última parte, que es lo nuevo, es una espiritualización de la materia presentada que llega por esa vía a la comprobación de lo que se deshace, mientras se lo toca, como se toca y se deshace nuestra vida. Aquí queda solo el espíritu, señor emocionante de las sensaciones retenidas y supremo amor a todo lo que nos ha rozado, casi como polvillo de mariposa, a lo largo de nuestra existencia. Esa espiritualización que yo te decía, de la última parte, colma y casi evapora el decurso del libro. Y nos queda a mí al menos como una mezcla misteriosa de dolor, enseñanza, ternura y presentimiento. Y un rezumo de poesía de alta graduación, de complejo estrujamiento de nuestros sentires hasta el fondo de nuestra capacidad. Podría seguir diciéndote más cosas; sólo te añadiré que es uno de los libros más bellos en prosa que yo he leído (y me refiero a la obra completa) desde hace muchos años. Se llena uno de respeto, de amor y de agradecimiento».

Respeto, amor y agradecimiento sentimos también como lectores ante los juicios, atinados y amorosos, que siempre tuvo Aleixandre para las cosas de José Antonio.

Las sombras sólo pudieron leerse durante mucho tiempo en esta edición conjunta, cuyos «últimos ejemplares se saldaron en la Cuesta de Moyano, en donde mis amigos y yo adquirimos muchos de ellos para regalo», como confesó Muñoz Rojas. Según Cristóbal Cuevas, haciendo referencia a una conversación con el autor mantenida el 17 de febrero de 1989, «hablando de *Las sombras*, el poeta me hace saber su contrariedad por haberlas publicado de forma quizás

poco destacada, pues él las considera significativas, hasta el punto que piensa completarlas con otras “sombras”».

Este deseo se cumplió treinta años después cuando el malagueño Centro Cultural Generación del 27, en sus Publicaciones de la Antigua Imprenta Sur, imprimió una edición exenta en octubre de 2005, en una tirada de doscientos ejemplares, como en aquella primera edición también malagueña del Arroyo de los Ángeles (¡ay, qué nueva reprimenda habría salido de la pluma de Dámaso!). En la «Nota editorial» que le sirve de frontispicio se dice que «de acuerdo con su autor se omiten aquí dos textos de aquella primera edición: “Carta a tía Petra la monja” y “Sombra apasionada (Carta a Joaquín Romero Murube)”, que tienen un carácter distinto al de los demás».

Sin embargo, en la edición de Pre-Textos de 2007, y con una tirada más generosa, se rescatan esas dos «sombras» y se añaden al final cuatro más: «Última sombra», «Sombras amigas», «Sombras sin nombre» y «Las palabras».

LA GRAN MUSARAÑA

En el ya citado prólogo de Cristóbal Cuevas y en una discreta nota al pie, se hace referencia a *La gran musaraña*, «memorias poéticas de toda su vida, libro presumiblemente de gran interés, que permanece inédito».

Sin noticia cierta de cuándo fue escrito, quizás no fuera descabellado suponer que se remontara a los años sesenta o setenta, siguiendo el aliento evocador de otros textos de parecida raigambre. Sea como fuere, finalmente vio la luz en Pre-Textos en abril de 1994, contando ya el autor con ochenta y cinco años.

En la advertencia preliminar, prima hermana de las que antepuso a otros libros, nos dice Muñoz Rojas que «todo lo que aquí se cuenta de una manera errática, desigual y desordenada, son los acaeceres de un niño huérfano temprano,

criado por la ternura de una abuela en una vieja casa andaluza y de un adolescente no demasiado feliz en sus años escolares; de un joven con ciertas inquietudes literarias y la natural ingenuidad de darles aire cuanto antes, por los años veinte; de un español, cogido igual que tantos, por una desgraciadísima conflagración, cuyas huellas y cicatrices aún perduran, por los años treinta. Para quien conozca algunos de mis escritos anteriores he de advertir que hallará en estas referencias y reiteraciones aparecidas en aquellos. Inevitables ya que muchas veces la vida es mera reiteración, tal es mi caso».

Quizás sea difícil evitar una imposible nostalgia acerca de lo que hubieran escrito Aleixandre, fallecido en 1984, o Dámaso, desaparecido en 1990, de estas reiteraciones, de este libro que probablemente ya no alcanzaron a leer (¿o a lo mejor llegaron a recibir un borrador o algunas partes del mismo?, cabe elucubrar) y que en tanta estima tenía el mismo Muñoz Rojas. Como le expresó a Javier Rodríguez Marcos, en una entrevista publicada en el suplemento *Babelia* de *El País*, el 31 de enero de 2002: «nunca he tenido nada de escritor profesional y no por no serlo, sino porque nunca me he estimado como escritor, aunque en el fondo de mi vida ha estado siempre esa llamada. La prosa la hice con más intención, sobre todo el que yo considero que es mi mejor libro de prosa, *La gran musaraña*, que no está acabado pero que es un libro que “me puse a hacer”».

Han pasado los años pero todavía veo y escucho a José Antonio en su casa madrileña de la calle Espalter, asomada a la arboleda del Jardín Botánico y al sucederse de las estaciones, a pocos pasos del Museo del Prado, donde en una ocasión fui testigo de su conversación con el retrato de fray Hortensio Félix Paravicino de El Greco, hablando ambos como viejos amigos de sus cosas, cosas nacidas del silencio

o leídas en los libros o soñadas o escuchadas a Dios alguna tarde. Lo sigo viendo sobre todo en las estancias de la Casería del Conde, enseñando la biblioteca, mostrando sus jardines y olivares, contando, con palabras antiguas y sazoadas, historias de parientes, de amigos, de sus hijos, preguntando sobre vidas, lecturas, sentires, pareceres, con esa curiosidad suya, ancha, inabarcable.

Ojalá, lector, que en estas prosas tan tuyas tengas la fortuna de hallar de cuerpo entero, de espíritu vivaz, al niño, al joven, al hombre cabal, al anciano despierto que fue José Antonio Muñoz Rojas y en su compañía aciertes a ver, caminar y amar los paisajes y las gentes de Antequera como él en vida lo hizo.

SERGIO SUÁREZ BLANCO
Cercedilla, diciembre de 2025

HISTORIAS DE FAMILIA

LAS VILLENA

HACE tiempo que no os veo y lo siento, Concha, Remedios y Rosario. No sabría nombraros a la una sin las otras dos: ya sabéis cuán honda siento vuestra trinidad. Desunidas, morís. Yo no sé lo que será de las otras dos el día que una falte. Lo concibo tan mal como pensar en vosotras sin cariño. ¿Cómo están las cosas todas de la casa? ¿Sigue cayéndose poco a poco y sin misericordia? ¿Siguen la gutapercha de los sillones en el salón deteriorándose, amarilleando cada vez las panderetas de las monjas en las paredes, ennegreciéndose los cromos y pudriéndose las cabezas de los ciervos con los cuernos medio caídos? Pero, ¡qué jóvenes, qué frescas, en esto que alguien llamaría decadencia! No habría jardín mejor para vosotras. Los torreonos estarán ya sin una almena y sólo el arroyo abajo sonará como siempre, tan sombrío en invierno y tan fresco en verano. Gusto daba asomarse por la mañana temprano en este tiempo y miedo cuando diciembre apretaba y se quedaba el monte vecino sin una esquila, las matas sin una flor. En vuestra soledad, ¡cómo se alargaba vuestra fantasía, y qué países, qué ciudades, qué pensiles, no levantabais en ella por donde pasearos! Feas no erais. Ninguna Villena fue nunca fea. Ni feas ni guapas. Ni la una ni la otra cosa tenían que ser. Villena y basta. Este era el mote de vuestro escudo, al que pagabais una devoción de la que no os dabais bien cuenta.

A mí me daba susto al principio vuestra milagrera facultad de sacar todo de la nada. Andaba con vosotras por la huertecilla, sin más títulos a tal que un triste llorón y unas dulces violetas, desolada como estaba en la mitad del

invierno, y me sorprendía oyéndoos hablar de vuestro jardín, de lo hermoso que estaba vuestro jardín, de que pocos jardines habría como aquel. «Pero ¿qué jardín?», con la pregunta casi en los labios, cuando veía claramente, bellísimamente el jardín en vuestros tres pares de ojos, el jardín que salía por vuestra boca y que no copiaba el que pisábamos, sino el que sentíais en vuestras almas. En esto de crear no teníais precio: creabais la lluvia echando una al patio agua con un regador, mientras las otras dos os paseabais con vuestros paraguas abiertos. Ya podía rabiarse el sol, azotar las paredes blancas, que, a sus mismas barbas y reinos, en la plenitud del estío, creabais un invierno sin par con la simple ilusión de vuestra lluvia. De rabia temblaba yo cuando oía a la gente referirlo riéndose. ¡Pobres envidiosos atados al carro de las estaciones, sumisos a la trilla, sin sabiduría ni libertad creadora!

Rumores me habían llegado que Remedios se casaba. Apenas lo concebía. O las tres os casabais con un hombre solo, o las tres con tres hombres iguales, el mismo día, a la misma hora, con los mismos trajes. De otra manera no lo concebía. ¿Cómo ibais a vivir? ¿Qué ibais a hacer con la cama de la otra, con su sitio en la mesa? ¿Cómo os hubierais podido referir la una a la otra en singular sin más ni más? Él era carpintero y se llamaba José, y este era su principal título a vuestros ojos, aunque las gentes anduvieran diciendo que cómo una Villena iba a casarse con un carpintero. A tiro teníais la respuesta e idéntica salió de vuestras bocas: ¿No era San José carpintero? El pobre volvió a sus garlopas y sus bancos, porque vosotras no podíais separaros aunque él fuera carpintero y se llamara José. Pasada esta pequeña crisis, todo fue bien. Misa por la mañana, jubileo por la tarde, puchero todos los días, con principio los domingos y postre de dulce las fiestas, visitas a la familia en sus santos, sin faltar a un entierro por supuesto, y tal cual

boda o bautizo desperdigados: turrón y avellanas las ferias, mantecados por Navidad y flores las Pascuas. ¿Qué más necesitabais? Siempre recuerdo la relación de vuestro viaje, viajeras eternas e inamovibles vosotras mismas, el día que salisteis para Granada sin abandonar las cuatro paredes de vuestro cuarto, sentadas en vuestras camas, haciendo una de tren, la otra de viaje y la otra de espectadora. Salisteis por la mañana.

–Ea, ya estamos en la estación. Don Juan, el jefe y sus hijas. La mayor tiene novio. Morena, pero vale poco. Eso sí, buenas sí son.

Se va el tren. E imitabais su ruido y movimiento con el compás de los colchones y los silbidos de la máquina. Reflejabais el paisaje, olivos, almendros e hilos del telégrafo a lo largo de la vía y los viajeros que os miraban curiosos y vosotras que les referíais que ibais a Granada, que la Alhambra era hermosa, pero que preferíais el Generalife, y la próxima estación, ya se va el tren, y la otra y la sierra y la gloria de la sierra, ya hemos llegado, a la Alhambra derechas, ¡qué frescura!, ¡qué patios!, ¡qué aguas!, y luego el regreso, al mismo compás, con las mismas verdades, todo tan cierto, tan exacto, como que aquella era vuestra casa y vosotras las tres hermanas, Concha, Remedios y Rosario.

Alguna más melancolía tiene el recuerdo de vuestra eterna correspondencia. Quién era Jaime, el eterno corresponsal, nadie lo supo nunca. Maliciosamente os lo achacaban, quién de hermano, quién de amante. ¿Amante de quién? Mal os conocían. Puntualmente tres veces al año, una por Navidad, otra por Pascua, otra por Feria, llegaban las cartas de Jaime, una para Concha, otra para Remedios, otra para Rosario. Y puntual y alternativamente contestabais las tres. Entre carta y carta, era una angustia continua:

–Pero, ¿no ha llegado el cartero? –decía Concha.

–¡Ya es hora de que llegue el cartero! –Remedios.

–¡Y ese cartero que no acaba de llegar! –Rosario.

Y puntualmente, unos días antes de Navidad, la carta para Concha. Se agrupaban las hermanas, y Concha sobreleía con el alma en la boca:

–Que dice que está bien... Ha engordado dos kilos... Espera hacer un buen negocio, caso que lo del Juzgado falle... Que aquel pueblo es muy hermoso, que se pasea a la orilla del río... Que el frío ha comenzado.

Se disparaba Concha a contestarle:

«Querido Jaime: Nosotras seguimos muy bien. Nos alegramos de que tú lo estés. Remedios se ha resfriado porque se empeña en regar las macetas en invierno por si luego falta agua en el verano. Dice que nada se pierde, que las plantas sabrán. Ya ha sido la novena de la Purísima, y pronto te mandaremos los mantecados».

Algo antes de Pascua llegaba la segunda carta anual, la de Remedios. Nueva congregación de las hermanas:

–¡Ya está aquí la carta de Jaime! ¡Ya está aquí la carta de Jaime!

Y leía Remedios:

«Ha estado en cama, pero ya está bien... Juega al tresillo con el boticario y un labrador... Se aburre... El boticario no le gusta... El río se ha helado... El otro día se encontró cuatro pajarillos muertos junto a su ventana. El negocio no salió, pero el secretario del Juzgado está muy mal, muriéndose. Si entre tanto pudiéramos... Tres mil reales bastarían... Y que para el otoño...».

Suspirabais las tres, y contestaba Remedios:

«Querido Jaime: Sentimos lo del negocio y nos alegramos con lo del tresillo. ¡Pobrecillos los pájaros! ¡Por qué no los recogiste antes de que murieran? Por giro te mandamos los tres mil reales. Todavía nos han sobrado mil y dos brillantes del alfiler. No te preocupes, el otoño, cuando vengas, nos pagas. Como se acerca la Pascua, te enviamos miel sobre

hojuelas, que tanto te gustó el año pasado y que este nos ha salido muy buena...».

Los meses que separaban la Pascua de la Feria los pasaban en vilo.

Al acercarse agosto las tres pensaban a un tiempo y a un tiempo decían:

–Ya no tardará.

Y a los pocos días la carta para Rosario:

«Que el dinero llegó justo... Pero que tenía un amigo muriéndose y todo fue para el entierro, la viuda y los siete hijos... Nueve años la mayor, que se llama Cecilia... Él murió tísico... Teme, como es natural, por los hijos... Que no se atreve, pero que si pudiéramos, por la sagrada amistad del amigo muerto... Un último esfuerzo... Que el secretario del Juzgado no resistirá otro invierno... Ocho mil reales y gajes... Que el otoño se acerca... ¡Ah!, y que la miel sobre hojuelas estaba riquísima... Casi toda se la han comido los niños de su amiga, la viuda...».

El corazón de Jaime fue dándose, poco a poco, con el peculio de las hermanas. Ninguna Navidad, Pascua o Feria fallaron las cartas de Jaime, ni, a su par, el corazón de las hermanas. Pero bien valía el pobre peculio aquella riqueza de la ilusión viva del cartero.

–¿No ha llegado ya tu carta de Jaime?

–Todavía no, pero ya queda poco.

LAS COSAS DEL CAMPO

ADVERTENCIA EN 1975

ALGO ha llovido desde que se escribió, va ya para treinta años, este libro de *Las cosas del campo*. No tanto como los labradores a veces quisieran, más y a destiempo de lo que a veces les viniera bien. Treinta años son un soplo y como un soplo se han ido estos, pero habría que multiplicarlos por muchas cifras si quisiéramos que saliera la cuenta de los cambios sufridos en su transcurso. Lo advierto al volver mis ojos de la lectura de estas páginas al campo mismo alrededor y sobre el que fueron escritas. Más han sido y mayores los cambios que los años. Como en todo cambio algo se pierde y algo se gana variando la proporción según los casos y las cosas. Algunas de estas «cosas» no existen. Algunos de los personajes de que aquí se escribe, no sólo han desaparecido, sino que ni sus oficios ni sus quehaceres se saben ya. Con algunas de estas criaturas me ha sucedido encontrarme durante este tiempo y he debido restregarme los ojos para convencerme si eran ellos mismos de carne y hueso o simples figuraciones.

Juanillo el Loco, por ejemplo, yendo a caballo un día en el olivar:

–Pero, Juanillo, ¿tú?

–Sí, señor, yo mismo.

No supe si salía del campo o del libro. Igual en el apresurado paso tras nada, en el gesto de ir a lo suyo sin más.

–¿Qué haces?

–Lo de siempre: mandando olivos. No hay quien los baje.

Algo más cano, sin la antigua blusilla de dril, se marchó hablando alto como solía, dejándome maravillado ver de

nuevo la delgadísima lámina que separa ficción de realidad. En cambio, Miguelillo el Pavero se me presentó hecho un hombretón, con una chaqueta de cuero imponente, en su coche nuevo.

–En Alemania lo he comprado.

–¡Pero, hombre, Miguel!

–Vengo a casarme y allá me vuelvo en cuanto me case.

–¡Pero, hombre, Miguel!

–Mientras aguante. Que no será ya mucho.

Narciso el Cantor y la Flauta murieron. Ni Pensador, ni Velador, ni sus oficios existen ya. Los mulos se acabaron y las cuadras están desiertas y sin rumores de piensos. Dos quedan para muestra. A los álamos blancos del Sotillo se los ha cargado el regadío porque estorbaban y el viejo Oji-blancar tiene sucesor en unos plantones nuevos y apretados que crecen que da gusto. No quedan ni bielgos, ni barcina, ni ninguno de aquellos instrumentos de verano que hacían vivas las eras. Apenas si sus nombres se conocen. En menos que canta un gallo las cosechadoras arramplan con un trival y como quien no quiere la cosa en un santiamén no dejan caña con cabeza. Pero en las cosechadoras el canto es difícil.

Hay muchos cortijos abandonados cayéndose. El campo se ha quedado más solo, las yerbas ignoradas tienen nombre para los yerbicidas implacables, abejas y abejarucos se refugian donde pueden contra enemigos comunes, las herrizas son más que nunca lugares donde la hermosura se acoge y la libertad reina, los chaparros, ya encinas, esperan estremecidos a la primavera. Golondrinas, vencejos y tórtolas siguen tornando y anidan en olivos apartados o techos de cortijos en abandono.

Pero el campo saca incansables bellezas escondidas y acumuladas, las renueva y ofrece sin tasa a los ojos y al alma de quienes quieren gozarlas. Advierte con su descansado

silencio que sólo volviendo a él encontrarán los hombres lo mejor de ellos mismos.

¡Ay de los que lo olvidaren!

Comenzaba este libro diciendo: «Sé algo de la tierra y sus gentes». Hoy diría: «Quisiera saber algo de la tierra y sus gentes». Valga esta rectificación. Los años y los cambios también enseñan.

SÉ algo de la tierra y sus gentes. Conozco aquella en su ternura y en su dureza, he andado sus caminos, he descansado mis ojos en su hermosura. Los cierro y la tengo ante mí. Tierras duras, alberos y polvillares, breves bujeos, largos cubriales; aquí se riza una loma, allá se quiebra una cañada, se extiende una albina, tiembla un sisón de vuelo lento. Todo el campo vuela pausadamente. Las herrizas se coronan de coscojas, aquí una encina huérfana canta una historia. Las encinas solitarias son los dientes que le quedan al campo para mascullar una historia de montes sonoros con grandes encinas y muchas jaras, con sombras apartadas y rincones que nadie había hollado, cuando reinaba la alimaña y tenía libertad la primavera.

Hoy... El campo lo dice claro. Hasta aquí llegaba el arado, por allí comenzaba la realenga; dos mil años tienen estas encinas, apenas ciento estos olivos. Y el verdor ceniciento o plata de los olivos según el viento. ¡Cómo se parecen en su seriedad, en su grande monotonía, al mar! ¡Qué de sangre ha regado estos campos! No sangre roja, ni derramada, sino sangre laboradora, sudor y lágrimas. ¡Cuánto sueño, cuánta esperanza cuentan estas lindes tan caprichosas al parecer, tan fieles a la Poesía en realidad! ¡Cuánta riqueza humana!

Yo me estremezco andando estas realengas, cruzando estas lindes, asomándome a estas herrizas. Me siento extrañamente eterno. Me hundo en el campo y gusto en mi espíritu tanta amargura suelta, tanta dulzura recogida en estos anuales surcos y sementeras. Año tras año, sol a sol, surco a surco, se va el hombre atando a la tierra, enterrándose en ella. Andamos sobre sus sudores, sobre sus ilusiones y sobre sus huesos. Por

eso tiemblo algo cuando voy por estos campos, por eso canto. Y tengo miedo de no poder acabar una vez comenzado. Empiece por donde empiece, no acabaré. Se me quedará la canción a medio camino, entre los labios. Pero la tierra la seguirá cantando. La oirán las alondras, los alcaravanes, algún matu-tero a deshora por la veredilla, algún extraviado entre los oli-vos, algunos amantes que busquen la complicidad de la noche y la dureza de la tierra para darle lo suyo al amor. ¡Oh can-ción tan inútil y tan necesaria como esta enorme y anual co-secha de florecillas ignoradas!

Casería del Conde, 1946

LAS PUERTAS DEL CAMPO

¿QUIÉN sabe las razones de un amor? Son secretas como las aguas bajo la tierra, que luego salen en manantial donde menos se espera. Nada se guarda y el amor menos que nada. A fuerza de pasar los ojos sobre este campo, lo vamos conociendo como el cuerpo de una enamorada, distinguimos todas sus señales, sabemos la ocasión del gozo, la de la esquivéz. ¡Oh enorme cuerpo del amante! Por tus barrancos y por tus veras, por tus agradiosos cielos, por tus caminos, ya polvorientos, ya encharcados, por tus rincones ocultos y tus abiertas extensiones, por agostos y por eneros, te he cabalgado. Tú también conoces los cascacos de mi caballo. En la más dura coscoja, en la matilla más oculta, en vuelo y en terrón, en todo te he buscado.

Eres un río de hermosura pasando, sonando, ajustándote a la noche, al día, a la estación. Por ti siento pasos antiguos, correr sangre de esta misma de mis venas. Todos somos como tú, algo que ni empieza ni acaba, como la hermosura o estos olivares cuyo fin nunca alcanzan mis ojos.

Y esperamos. A veces es algo áspero este roce del corazón. Todo por fuera está inmutable y algo por dentro roza. ¿Qué será? Un gran aletazo del amor nos sacará a su luz. Quedará todo limpio. Allá en nuestro rinconcillo, el amor sigue. Oh campo, esta hermosura no tiene página ni espejo y sólo, a veces, se deja seducir por el temblor de la palabra, por la insinuación de la poesía. Pero, ¿recogerte, encerrarte? ¿Quién pone puertas al campo?

LAS MUSARAÑAS

LAS MUSARAÑAS

¡OH celestiales! ¡Oh divinas! ¡Oh criaturas, compañeras de aquella edad! Estabais dondequiera, salíais de todos los rincones, nos aliviabais en todas las dolencias. Cuando los días se hacían largos, cuando había que quedarse quietecitos –Dios sabría por qué con aquellas hormigas que se nos paseaban por las piernas–, cuando dentro había un bulto negro avanzando, cuando la escuela era aburridísima, o predicaba aquel padre que todo era ísimo, ísimo, ísimo, de pronto algo que, ¿cómo se llamaría aquello que nos sacaba de la dolencia de las gentes pesadas, de las horas pesadas, de los sermones pesados? ¿Cómo se llamaría? Intuíamos que sin nombre no tendría existencia.

–Te quedas ahí pensando en las musarañas.

¡Ya estaban aquí! Claro. Eran ellas. Las musarañas, insectos, animalillos, ángeles. Algo tenía que ser. Si no, no cabía que, sin presencia de alguien, se cambiara tan hondamente el contorno.

Así, cuando estábamos solos sin estarlo, cuando nos divertíamos sin reír; cuando soñábamos sin sueño, las musarañas estaban presentes, angélicas, efectivas, consoladoras.

Lo malo es que, a veces, descansábamos en su esperanza y no venían. Nos quedábamos sin consuelo, sin musarañas. Estábamos verdaderamente solos. Y era horrible.

LAS SOMBRAS

LAS SOMBRAS

¿DÓNDE andáis, sombras amigas? Nombre tuvisteis una vez, cuerpo y amor. Temblando me acerqué a vosotras, me llevasteis de vuestra mano a todos los descubrimientos, me asomasteis a la noche donde están los misterios, a los acantilados donde el mar a veces desvela su secreto. Por los ríos de la esperanza fuisteis mostrándome el revés tangible de tantas cosas como mi imaginación, hecha de deseo y esperanza, había tocado. Por las tardes me llevasteis a las moradas tras cuyas paredes estaban los seres que tanto nos habían estremecido en las ensoñaciones adolescentes. Sombras con nombre que ni pronunciar me atrevo, que tan hondamente llevo escrito dentro. Venía vuestra mano salvadora o vuestra voz a punto, o vuestra hermosura preparada, a hacer doloroso o profundo el instante. Sois hoy como esos limos que las laderas depositan en los valles y que hacen los suelos propicios a la fecundidad. Tras desaparecer tangiblemente, ¿qué consuelo no tangible habéis sido, continuáis siendo, tantas noches en que otras sombras han venido a cargar el latir del corazón! Al simple resorte de la evocación, fieles y dispuestas habéis deshecho los nudos de la angustia, abierto los postigos a la luz consoladora, roto mágicamente la red del tiempo y nos habéis hecho ingravidos sobre él y el espacio, recuperados a la esperanza, devueltos a la libertad.

LA GRAN MUSARAÑA

ADVERTENCIA

No parece que tenga demasiado sentido salir ahora, mediados mis ochenta, publicando las memorias y evocaciones que llenan esta Gran Musaraña. Sentido pudieran tener de haber sido yo hombre de alguna relevancia pública, en cualquier campo de la vida, social, política o literaria. No ha sido ese mi caso. Todo lo que aquí se cuenta de una manera errática, desigual y desordenada, son los acaeceres de un niño huérfano temprano, criado por la ternura de una abuela en una vieja casa andaluza; de un adolescente no demasiado feliz en sus años escolares; de un joven, con ciertas inquietudes literarias y la natural ingenuidad de darles aire cuanto antes, por los años veinte; de un español, cogido igual que tantos, por una desgraciadísima conflagración, cuyas huellas y cicatrices aún perduran, por los años treinta. Para quien conozca alguno de mis escritos anteriores he de advertir que hallará en estas referencias y reiteraciones aparecidas en aquellos. Inevitables ya que muchas veces la vida es mera reiteración, tal es mi caso.

Aquí acaba lo escrito de esta corriente historia, aunque no lo vivido, prorrogado hasta el instante en que escribo esta advertencia, cincuenta años después, que no sé cómo ni por dónde se me han ido. Años de madurez y vejez de los que alguna cuenta dejo en unos cuadernos que malamente pudieran llamarse diarios.

Pero eso es harina de otro costal, de trigo muy diferente, como diferentes fueron las circunstancias de mi vida a partir de aquellas fechas.

Con esto no he justificado la publicación de esta grande o pequeña musaraña. Porque ahora se me ocurre que llamar

grande, por muy musaraña que sea, a lo que aquí se relata parece al menos exageración y sólo por lo bien que suena, no por lo que contiene, cabe respetar el título.

En cuanto a la justificación de esta salida a mis ochenta, valga la necesidad de una inevitable purgación y la –¿perdonable?– vanidad de ver impreso el nombre propio. Aparte el interés que han puesto mis editores en este empeño, sobre todo Manuel Borrás.

Vaya por ello mi reconocimiento.

LOS DOS CONVENTOS

EN ese orden entraba el que a cada lado de la casa hubiera un convento de monjas y una capilla intermedia con uno de ellos, a la que se podía asistir sin salir de la casa misma en una tribuna, desde un cuarto que por eso se llamaba de la tribuna, muy misterioso todo él, con una cruz muy grande, la cruz de Nuestro Padre, muchos baúles y una alacena donde andando los años, ¡oh prodigio!, vine a tropezar con don Luis de Góngora y su *Polifemo* en la edición de Salcedo Coronel, Polifemo y Ninfa, saltando entre las notas del piano de las niñas de la Humildad, adoctrinadas por su padre, aquel señor bajito que tocaba en las iglesias y en el casino, a quien tanto admirábamos por la facilidad con que lanzaba al aire del patio las notas del piano que, como los propios pájaros, se subían a los cipreses crecidos y despuntando de sus tapias. Seguramente pensaba en nosotros, viviendo como vivíamos en la casa grande, sin tener que aporrrear el piano se quisiera o no, y pudiendo salir en coche a cada paso, con que sólo la señora dijera: Manuel, engancha. Aquello que parecía tan natural, decir *engancha* y que estuvieran las mulas dispuestas quisieran ellas o no. Mucho trabajo le costaba a veces a Manuel sacarlas de la cuadra, sobre todo cuando estaban a medio pienso y a la señora se le ocurría decir *engancha*. Perras son estas mulas, decía Manuel, pero de perras nada, sólo que a Manuel le venía largo engancharlas y lo que quería era quedarse sentado y fumarse tranquilo su cigarro y no tener que echarles todos los arreos que había que echarles a los animales, con sólo que le dijeran a uno engancha, comenzando por el horcate, las cejaderas, los tiros y que luego le dijeran:

–Manuel, no están limpias las guarniciones.

Todo eso que parecía tan sencillo, el maestro Roca no podía soñar tenerlo, ni decir jamás «Manuel, engancha» y que las mulas estuvieran dispuestas y el coche, cuando quiera la señora e irse de jubileo o de visita, como hacían otras gentes, la condesa o don Serafín, pongo por caso, y en cambio, él por mucho que tocara el piano y por muy bonito que fuera oír «qué bien toca el maestro», nunca, nunca en su vida podía hacer nada parecido y había de sudar como sudaba, para un *canotier* miserable que se compraba al año, y presentarse medio decente y no achicharrarse los sesos por esas calles de Dios, o un *macferlane* los inviernos, qué menos, a fuerza de notas, por bonitas que fueran y por mucho que a nosotros nos parecieran pájaros que se metían en el follaje de los cipreses del patinillo. Desaparecía Roca bajo el *macferlane* ya que sólo se le veían los pies, de modo que parecía un *macferlane* andando.

A mi abuela le gustaba la música italiana, tocaba a Donizetti, le pasmaba *Lucía*, Verdi y los bailes de su tiempo, virginias, lanceros, polkas, ideales para aquellos trajes, como el que había lucido en Madrid en la boda de su hermano, los ojos tan limpios, tan guapas las dos hermanas, aquella boda del hermano con una novia de quince años, una preciosidad de mujer, de niña casi, así murió pronto, demasiado parto para su edad, el almuerzo fue en Lhardy.

(Y mira por dónde, siempre acaban los cabos atándose y de ese matrimonio nació tía Petra la carmelita, que acabó sus días en el convento de al lado, no hace tantos años y que tanto me quiso, donde iba a contarle cosas de la familia para las que su curiosidad era insaciable. En una de mis visitas me dio un abrazo que todavía me duele, un abrazo de cincuenta años sin darlos).

La realidad de estas vecindades conventuales y su peso es tan evidente que, con sólo tocarlas, han estallado en mis

manos. Al otro lado de las Descalzas, la Victoria recién fundada, eran como las dos ruedas que llevaban el carro de la casa, cuya vida estaba en buena parte condicionada por su vecindad.

ÍNDICE

PRÓLOGO

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS, EN SU PROSA Y SU ESPEJO	9
---	---

NOTA A ESTA EDICIÓN

LAS COSAS DE JOSÉ ANTONIO	23
-------------------------------------	----

HISTORIAS DE FAMILIA

I. HISTORIAS DE FAMILIA

HOMBRE AL AGUA	47
LAS VILLENA	67
LOS BANDIDOS	72
EL VIVILLO EN LAS CHAPAS	77
RITURQUI	82
DESVENTURA DE TÍO VENTURA	89
LA BODA DE JACQUELINE	97
DUELO Y ENTIERRO DE MI PRIMA	102

II. HISTORIAS FANTÁSTICAS Y DE POETAS

LEYENDA DE LA PEÑA	111
BREVE HISTORIA	114
TRES HISTORIAS DE BYRON	120
CUENTO DE ÁNGELES	129
LA HELOISADA	132
EL CIERRO	139

III. HISTORIAS DE PUEBLO Y CAMPO

JOSEFINA HELFESTEIN	149
PARRITO	152
ACUÑA	158
EL SEMENTAL	163
LOS AMORES DE BALANCÍN	169
LA CASULLA	175
<i>APÉNDICE</i>	
DOMINGO DEL PEREGIL.	179

LAS COSAS DEL CAMPO

ADVERTENCIA EN 1975	189
-------------------------------	-----

I.

LAS PUERTAS DEL CAMPO	197
LLEGAN LOS ABEJARUCOS	198
PRIMERAS NOTICIAS.	199
SAZÓN DE TODO.	200
LAS YERBAS IGNORADAS	201
LAS HERRIZAS.	202
MIGUELILLO EL PAVERO.	203
CUANDO FLORECEN LAS ENCINAS.	204
NARCISO EL CANTOR	205
LAS LILAS	206
LAS REJAS ENLUTADAS	207
LAS AMAZONAS	208
LAS NUBES.	210

II.

LAS GAYOMBAS	213
LOS JARAMAGOS	214
LAS TÓRTOLAS	215
JUANILLO	216
LOS ÁLAMOS BLANCOS	218
EL VERANO	219
LA BARCINA	220
LOS INSTRUMENTOS DEL VERANO	221
EL VELADOR	222
LOS MELONARES	223
EL SOLANO	224
LA RISA DE DOLORES	225
HOMBRES DEL CAMPO	226

III.

LA MATALAHÚGA	229
LOS VERDES	230
LA PÁJARA	231
LOS OLIVOS	232
LA FLAUTA	233
LOS TRIGOS	234
NICOLÁS EL HISTORIADOR	235
EL PRIMER SOPLO DEL OTOÑO	236
MIGUELILLO SE VA	237
LOS RASTROJOS ARDEN	238
SE CAE LA ACEITUNA	239
EL PENSADOR	240

IV.

EL CORAZÓN Y EL CAMPO	243
LOS ACEITUNEROS	244
LABRANZA	245
EL OJIBLANCAR.	246
EL TALADOR	247
LAS HELADAS	248
FINALES DE ENERO.	250
LOS ZORZALES NO VIENEN.	251
LOS MULOS	252
TORNAN LOS ABEJARUCOS.	253
LAS ABEJAS EN LOS TILOS.	254
TIERRA ETERNA	255
NOTA JUSTIFICATIVA DE LA PRESENTE EDICIÓN	256

LAS MUSARAÑAS

LAS MUSARAÑAS.	263
AQUELLA EDAD.	264
PAZ	265
EL MUNDO	268
ANGELITA	269
LAS ANCHAS TARDES	270
LAS CAMPANAS.	271
LOS ENTIERROS.	272
LA MADRE GENOVEVA	273
LOS HUÉSPEDES	275
EL JARDÍN	277
EL ERMITAÑO	279
EL CARNAVAL	280

LA HUMILDAD	281
LOS COCHES	282
LOS ZURRADORES	283
LA MUERTE	284
PASCUA FLORIDA	286
INSECTOS	288
LAS LLAVES	289
ARQUILLOS	291
LAS CASAS	292
EL SERENO	294
MES DE MAYO	295
LA ALHAJUELA	297
LA HERMANA BEATRIZ	299
LA VACA	300
LA VIDA	302
TARDES DE VERANO	303
EL ARTISTA	304
LAS DESCALZAS	305
EL MUNDO Y LA CASA	307
MARTÍN EL CARTERO	308
LAS ESTACIONES	309
QUIETECITO	311
LA ESPERANZA	312
LOS NOVIOS	313
LA FERIA	314
TUMBADO	316
LOS VENCEJOS	317
LAS VISITAS	318
LOS SUEÑOS	319
LAS TORMENTAS	320
DON LÁZARO	322
EXTRAÑAS COSAS	324
LOS DÍAS	325

APÉNDICE

CAUCHE 326

LAS SOMBRAS

LAS SOMBRAS 331
SIN SOMBRA 332
LOS SERES 334
CARTA A ABRIL 336
CHURRIPIQUITÉ 338
REMEDIOS 340
CANTO A LA LIBERTAD 342
PLANTA SALVAJE 343
SOMBRA EN EL RÍO 344
OTRA SOMBRA 345
LA BENINA 347
CARTA A TÍA PETRA LA MONJA 349
SOMBRA DE SANGRE 352
SOMBRAS AMIGAS 354
SOMBRAS DE PENA 356
ELEGÍA A MI PRIMA 358
DOS MIRADAS 359
SOMBRAS DE OLORES 361
SOMBRA APASIONADA 362
NUNCA SOMBRA 365
ÚLTIMA SOMBRA 366
SOMBRAS AMIGAS II 367
SOMBRA SIN NOMBRE 368
LAS PALABRAS 369

LA GRAN MUSARAÑA

ADVERTENCIA	375
-----------------------	-----

I.

LA VIDA Y SUS ENCUENTROS	379
LA CASA Y SUS GENTES.	386
LOS DOS CONVENTOS.	390
EL ASILO	393
LAS IGLESIAS.	396
LA RELIGIÓN	398
LA CONFESIÓN	402
LOS PREDICADORES	405
VECINOS LEJANOS	407
LOS MAYORGA.	410
LA CASA	413
LA CALLE.	419
EL PICADOR	422
ENFRENTÉ	428
LA CALLE, EL RÍO	436

II.

LAS DOS CASAS	439
LA ESCUELA	441
LOS PORQUÉS	448
LA CANCIÓN DEL PIRATA.	451
CAUCHE	454
EL COLEGIO Y LOS JESUITAS.	456
CHAMARTÍN	462

III.

LA UNIVERSIDAD	477
EXPECTACIONES	482
OTRA VEZ LA CASA	484
DON ANTONIO MACHADO Y <i>VERSOS DE RETORNO</i>	487
LA PENSIÓN, 1929	490
CON SABLE Y BOINA, SEVILLA 1931	494
BRETAÑA, 1932	496
<i>ALLONS SUR LES REMPARTS</i>	499
INGLATERRA	502
FRACASO DIPLOMÁTICO Y LA MUERTE EN PERSONA, 1933	504
AÑOS Y LIBROS	507
DON JOSÉ CASTILLEJO Y LA ESCUELA INTERNACIONAL	511
AMIGOS POETAS	515
CANADÁ, AGOSTO 1935	518

IV.

CAMBRIDGE, 1936	529
LA VIDA ENCONTRADA	540
MR. BULLOCK SE PRESENTA EN MÁLAGA	554
EL GRAN LÍO	558
CAMBRIDGE, 5, PANTON STREET	567
CAMBRIDGE, 5, PANTON STREET	571